

I

EL PASADO ES UN BOSQUE EN UN SUEÑO

La mañana del seis de febrero de mil novecientos cuarenta y nueve la yegua torda de Anselmo volvió a su cuadra sola, con los ollares muy abiertos, relinchando nerviosa. La vieron llegar al galope desde el camino de pizarra que se abría frente a la finca El Rododendro y que llevaba al pueblo. Se paró en seco delante de Gregorio Pozo y este comprendió al instante que algo le había ocurrido a su hijo.

A gritos llamó a las mujeres de la casa, y con dos peones de labranza salieron todos a buscar al joven por los senderos y bancales.

Anselmo se mecía en un sueño con alas bajo un castaño, con la nuca hundida y ensangrentada sobre una piedra amarilla. No escuchaba su nombre en las voces que apuñalaban el castaño, ni sabía del miedo que bailaba en las sílabas largas como aullidos de las mujeres llamándolo.

Lo encontraron con los ojos cerrados, como si el frío de aquel invierno en los montes de Alguajadra no cubriera el suelo del bosque de una sábana de escarcha que endurecía la hierba, como si se hubiera tumbado a sentir la canción del viento en los árboles y le sobrara la mirada.

Montaña comenzó a gritar sobre el cuerpo de su hijo, no lloraba, solo repetía una y otra vez: “Mi niño, mi niño...”, con una desesperación que acalló todos los pájaros de la espesura.

Montaña Rubio Márquez nació con el siglo veinte, el uno de enero de mil novecientos uno, hija de Antonia “La Pinta”, llamada de esta forma porque sobrevivió a una epidemia de viruela y quedó marcada para siempre con las cicatrices de la enfermedad

en su rostro. Creció en una familia donde el carácter duro y la ausencia de sentimentalismos eran los atributos comunes en todos sus integrantes, y en especial en las mujeres, que habían desarrollado una gran resistencia ante los reveses.

Siendo muy joven, Montaña se enamoró del hombre más hermoso del pueblo, cuyo único pecado era pertenecer al clan de los Hierro, familia de gran belleza física, pero de carácter granítico y difícil. Fue el suyo un noviazgo de amores contrariados, obstáculos y enfrentamientos familiares, hasta que Antonia “La Pinta” deshizo, en uno de sus altercados con los Hierro, aquel compromiso que duraba ya tres años.

Encerró a su hija bajo llave en la cámara, como llaman al desván en esa zona montañosa, y la mantuvo allí durante semanas, sin conmovearse ante sus llantos y súplicas, hasta que su novio, que hacía guardia en una esquina de su calle, se dio por vencido y como un sonámbulo al que han vaciado el alma del cuerpo se marchó del pueblo a la capital, a Málaga, donde se estaban organizando movimientos obreros como la CNT (Confederación Nacional del Trabajo) y comenzaba a existir una conciencia proletaria. De esta forma se refugió en la lucha de clases, concentrando en ella todas sus energías y su rabia contra el mundo.

En una época en la que a los padres se les hablaba de usted como signo de respeto y una mujer no concebía su existencia fuera del núcleo familiar, y menos aún en la sociedad rural, Montaña sabía que solo si su madre se ablandaba o transigía podría ella continuar con su noviazgo. Pero no fue así, La Pinta era tan dura como la piedra de moler el grano, consideraba que su palabra era ley y sus decisiones irrefutables, por lo que no empatizaba en absoluto con la situación de su hija, muy al contrario, se cerraba más, se parapetaba tras un muro de soberbia.

A Montaña la aceptación le llegó como una inundación, cubrió su corazón y ahogó sus ilusiones de felicidad, truncó la posibilidad de escapar de ese destino negro que marcaba a todas las mujeres de la familia, un estigma de desdicha en el amor, una negación para ellas de ese sentimiento.

El novio desterrado se sumergió de lleno en la agitación revolucionaria que crecía entonces en la capital de la provincia después de finalizada la Primera Guerra Mundial y la posterior crisis social y económica, participó en las manifestaciones por la carestía del pan y productos de primera necesidad, vivió con intensidad el “trienio bolchevique”.

En el campo, en Alguajadra, en la casa de Montaña, no había otra idea que la de la obediencia, ni otra forma de vida que no fuera seguir con la tradición, perpetuar el papel de la mujer en el mundo conocido por ellos, sin imaginar siquiera que existieran otras opciones, en una nación que aún continuaría navegando muchos años más por el siglo veinte como un país agrario en esencia.

Montaña había visto morir a niños, ancianos e incluso a gente joven y sana a causa de la gripe española que viajó desde la Europa de miseria y guerra, trincheras y piojos, por todo el continente, sin respetar fronteras ni idiomas, hasta el último rincón, la calle más apartada o la cama más silenciosa de cualquiera de las casas del pueblo.

Ella quería, como todos, vivir, tener hijos, llegar a vieja en un hogar donde no faltase leña para el fuego, matanza en el otoño, tierra para cultivar, aceite en las tinajas, canciones y fuerzas, botas para el invierno y bosque para proveerse. No imaginaba su existencia lejos, fuera de ese universo familiar, de la protección de sus padres, ajena a esos cielos y esos paisajes que la hacían sentir que tenía un lugar en el mundo.

Ya sabía que se casaría solo porque era la única opción de vida, formaría su propia familia con un hombre al que no amaría, porque así estaba escrito en el destino de la mayoría de las mujeres, enamorarse era un lujo y un privilegio que no todos podían atesorar.

Se forjó a fuego su carácter, tal vez como lo había hecho el de su madre, su dueña, su carcelera.

Muchos años después, cuando la vida ya los había hecho avanzar por caminos muy diferentes, los antiguos novios coincidieron en el tren que los llevaba desde Algeciras a Ronda. El tiempo era un velo posado en sus cuerpos y los ojos habían olvidado el atajo

encendido que llevaba al otro; las manos apenas guardaban la forma de aquella juventud que se marchó sin permiso, y el recuerdo del otro era una vieja historia, extraña, perdida en el bosque de la memoria, sendero de belleza y luz al que nunca volvieron y que había dejado de doler. Se miraron durante un rato, buscando tal vez a aquellos que un día fueron, sin querer abrir el cajón en lo profundo donde vivían sus sombras como fantasmas.

—Si hubieras podido escapar de la cámara, ¿qué hubieras hecho?

—Marcharme contigo, sin importarme a dónde.

—Te esperé semanas.

—Lo sé.

Fueron sus únicas palabras. Esa conversación que había quedado pendiente durante décadas, esa puerta sin cerrar que aquel día, en el tren de Algeciras, era un viento con olor a jaras atravesando, desde el pasado, los vagones.

Porque tal vez ya no eran necesarias las palabras y sobraban las explicaciones de cómo habían sido sus vidas, de cuánto dolor o desengaños guardaban los dobladillos del tiempo, ni las cicatrices, ni las luchas cotidianas de ella, ni las guerras a las que él entregó su juventud cuando huyó del pueblo y del desamor para convertirse en uno de los abanderados del anarquismo en el sur. Una decisión ajena a su voluntad que cambió por completo su vida y su destino, y lo empujó sin haberlo previsto hacia la lucha obrera en una región que hervía en movilizaciones.

Montaña no imaginaba al hombre que en octubre de 1918 —al nuevo Hierro revolucionario que ya había guardado en un rincón de su interior su vida en Alguajadra, sus amores por ella y los paisajes de su niñez y juventud— participó enfebrecido en la Asamblea Campesina de Castro del Río siendo uno de los más activos en las peticiones y reivindicaciones básicas. Después de esa asamblea, el hombre agitador, el antiguo agricultor que un día soñó con perpetuar la forma de vida de sus padres, coordinó junto a sus compañeros la unión entre los trabajadores creando asociaciones obreras a nivel provincial como la

Federación Agraria de Málaga en marzo de mil novecientos diecinueve.

Pero ella vivía ajena a todo aquello, a la vida del ahora exiliado novio; aun cuando llegaban a Alguajadra noticias de todas las ideas que agitaban el mundo conocido por ellos, el pueblo permanecía con la misma inmovilidad de siempre, y mucho más en el ámbito femenino.

Nada más lejos de la mentalidad de Montaña que no acatar el destino impuesto por su madre, sin posibilidad de buscar a su novio, cuando, una vez se hubo marchado él del pueblo, abrieron por fin la puerta de la cámara y la dejaron salir.

Alguna vez, a lo largo de su vida, se preguntó en el silencio de las madrugadas de insomnio qué habría sido de ella si hubiera reunido el valor para escapar sola y marchar a la aventura desesperada de buscar al novio en la capital.

Él no intentó ponerse en contacto, no escribió a ningún familiar o amigo para decirle dónde estaba, ni le mandó recado alguno con sus señas, ni le pidió que se escapara, tal vez porque —aunque Montaña entonces no lo sabía— su vida era un caos, se había entregado con intensidad a la lucha obrera, y no tenía nada para ofrecerle más allá de ideales, batallas y pasión.

En una España en la que el caciquismo se había instaurado en el mundo rural como sistema de vida, la conciencia proletaria comenzó a establecerse entre los jornaleros.

Pero todo eso le quedaba lejos a Montaña. Intentaba seguir su vida tal como entonces se esperaba de ella, y comenzó a guardar en el vacío de su alma la añoranza por el hombre que amó. Aprendió a seguir viviendo sin la ilusión que había llenado su vida en los últimos años, se impuso la trabajosa labor de pasear el hueco en su pecho por todos los caminos, bajo los cielos de su mundo, de su espacio, del destino que otros habían trazado para ella.

Gregorio Pozo levantó a su hijo en sus brazos sin decir nada, miró la sangre reseca sobre la piedra, tocó el latido en su cuello y mandó buscar la cabalgadura. Había que llevarlo hasta la carre-

tera, donde un coche pudiera trasladarlo al hospital en Ronda. Su mujer dejó de gritar, agarró la mano de Anselmo y los tres, seguidos de las hijas y los peones, se encaminaron en silencio al sendero donde los esperaba la yegua, la misma que lo había derribado, su preferida, para atravesar el cuerpo yermo sobre sus ancas desnudas de montura.

Aquel viaje de incertidumbre, con el joven deshecho en el asiento trasero del primer coche que pasó por la carretera, con sus padres silenciados por el miedo, se hizo eterno.

Las hermanas, Amanecida e Ifigenia, se quedaron en la finca llorando y rezando, con un abismo de angustia abriéndose bajo el esternón.

Amanecida tenía veinte años, aunque en muchos aspectos era como si hubiera vivido un siglo. La mayor de los hijos de Gregorio y Montaña acababa de cumplir siete años cuando estalló la Guerra Civil, y el mundo que estaba comenzando a conocer se quebró como una enorme esfera de cristal que marcó para siempre su infancia y su vida futura.

A su padre se lo llevaron los primeros días después del levantamiento las milicias republicanas, alistamiento forzoso que dejó a su suerte a su mujer y tres hijos pequeños, en el caos y el terror que se abrió ante sus pies, y que durante tanto tiempo fue la senda por la que transcurrieron sus vidas.

Doce días estuvo Anselmo inconsciente, con doce noches de sueños extraños y voces lejanas que le pedían despertar y levantarse de aquella cama blanca de hospital y acallar los llantos de su madre, en guardia constante junto a su cuerpo. Los médicos dudaban entre abrir aquel cráneo con la nuca hundida y ver dónde le nacía el río de sangre y silencio que lo paralizaba, o esperar a que se deshiciera la nube de oscuridad que cubría el cielo allá muy adentro, en un lugar indeterminado del mapa de su cerebro.

Un médico joven estuvo días enteros buscando en los libros, buceando en las enseñanzas y teorías de neurólogos y cirujanos, y aconsejó a Montaña no permitir que trepanaran a su hijo, decidió

punzar la médula, drenar, y todo cuanto creyó podía devolver la consciencia y la salud a Anselmo.

Al finalizar la duodécima jornada, abrió los ojos y miró asombrado a su alrededor. Sentía que se había liberado de una inmensa telaraña que lo aprisionaba, vio a su madre gritar y pidió, con una voz que no le pareció la suya, un poco de agua.

Una semana después, cuando ya le habían dado el alta, la madre redactó un folleto que envió a la imprenta y del que repartió cien copias en la calle a todo el que quiso escucharla agradecer al médico la salvación de su hijo.

“El Cristo de Medinaceli me ha concedido el milagro”. Eso pensó Amanecida.

Ella le había prometido que si salvaba a su hermano pasaría un mes entero descalza, recorriendo los caminos del bosque, desde la finca hasta el pueblo, y llevaría un exvoto, una pequeña cabeza de oro, a la ermita del Cristo para dar testimonio de su poder y misericordia.

Lo hizo, con sus pies heridos, escribiendo con sangre en los senderos el agradecimiento a un Dios que no había pedido tal muestra de fe.

Pero eran los tiempos del miedo, en los que se depositaba la última esperanza siempre en alguien superior que pudiera tender la mano al que ya no sabía a quién suplicar.

De esta manera cumplió Amanecida su promesa, con la satisfacción de quien paga una deuda y queda en paz ante la comprensión y el respeto de los demás, que admiraban su estoicismo y alegría ante el dolor físico.

Ella, que durante aquellos años terribles de la guerra, siendo tan pequeña aún, tuvo que hacerse cargo de sus hermanos cuando Montaña, su madre, salía cada amanecer de la casa para buscar el sustento, con un padre ausente del que no tenían noticias, ni si estaba vivo o muerto, ni en qué frente luchaba. Ella, que con siete años cocinaba lo que la madre les dejaba, y cuando alguna vecina se asomaba bajo la instrucción de Montaña de “dale una vueltecita a la niña”, ya estaban los pucheros en el fuego hirviendo.

Todas las tardes bañaba y espulgaba a los niños; en un tiempo en el que el hambre y las penurias físicas y morales castigaban a todos, nadie se libraba de los piojos, y ella, con su cuerpecito poseído por la energía y disposición de una mujer, no permitía que las liendres anidaran en sus cabezas. Aquella carga de responsabilidad, excesiva para sus hombros de niña, le pasaría factura años después, cuando siendo una zagala larguirucha se hundiría en periodos de inquietud, angustia o depresión.

Siempre contó a sus hijos que no pasaron hambre, gracias a la fuerza y determinación de su madre María de la Montaña. Una mujer tan curtida en las dificultades, con un carácter difícil, de grito rápido y mal genio, poco cariñosa, marcada por la forma en la que la educaron, por la disciplina férrea de Antonia “La Pinta” y por el trauma de la ruptura obligada con su novio Hierro, era también una leona, luchadora sin descanso por sus hijos, por los que era capaz de todo.

Hasta bien entrado el año mil novecientos cuarenta no regresó Gregorio Pozo de la guerra, desde que se lo llevaron al comienzo del conflicto no habían tenido más noticias de él que las visitas que su mujer realizaba a una espiritista de La Línea de la Concepción, que le contaba las vicisitudes por las que el hombre estaba pasando. Como cuando le dieron un tiro en el cuello y la bala, de forma milagrosa, no tocó ni la tráquea ni la aorta y abrió un camino de espanto y sangre en la carne del que se recuperó, porque, según la pitonisa, no era su destino ni su hora morir de aquella forma. O cuando otro disparo lo hirió en una pierna y durante mucho tiempo le dejó una cojera con la que regresó de la guerra.

Ya se lo había advertido la de La Línea:

—Tu marido volverá, pero tardará un tiempo.

Y así fue como Gregorio entró en el pueblo un día como cualquier otro del oscuro y triste año cuarenta, acompañado del hambre que monopolizaba los estómagos de aquella España de llanto sin lágrimas ya, sin trigo, de fusilados y encarcelados, de sombras con forma de hombres y mujeres que se guardaban el dolor de sus

muertos y sus pérdidas bajo el miedo, de cartillas de racionamiento y bancales de patatas custodiados día y noche como tesoros escasos, de tanto desgarrar y angustia en los ojos y tantas ganas de sobrevivir a pesar de todo.

Nunca quiso hablar demasiado de lo que había ocurrido en la guerra. Amanecida solo sabía que estuvo mucho tiempo encerrado en un campo de prisioneros del bando nacional, que todos los horrores que lo abrazaron como un manto negro y sucio quiso callarlos para los suyos y el silencio hermético que fue a partir de entonces su compañero en el rostro y el carácter no lo abandonó hasta su muerte, convertido en un anciano enfermo que soportó con enorme dignidad su agonía lenta de dolor y dependencia, porque estaba guardado en su destino morir en su cama rodeado de sus hijos.

Volvió a sus vidas, que ya no eran las mismas que vestían cuatro años antes, a su casa de alacenas desnudas y a sus ojos agrandados en los rostros afilados por la necesidad.

Aquel tiempo de infancia perdida, de ausencia del padre, para Amanecida pasó lento y con una gran incertidumbre sobre el futuro, que no existía más allá de cada noche. La guerra continuaba y el lado más brutal del ser humano se hacía presente cada día.

Ifigenia era muy pequeña, sufrió fiebres, pústulas, una terrible varicela que se cebó ante la debilidad de su cuerpo, disentería, y demostró a la vida su profunda resistencia y fuerza, saliendo victoriosa de todo, como ya le había tocado hacerlo desde que nació, cuando su madre estuvo muy enferma y tenían que llevar al bebé envuelto en un arropo de casa en casa, para que todas las mujeres del pueblo que amamantaban le dieran a ella una toma, hasta que consiguieron traer de Gibraltar la leche en polvo maternizada con la que la criaron. El tener leche de tantas mujeres la hizo resistente a las enfermedades, insufló en su espíritu tantos sueños silenciosos que dormían en las entrañas de esas madres, las sonrisas y la melancolía, por lo que le nació un río de naranjas dulces en el castaño de sus ojos.

Cuidada por Amanecida, a la que siempre consideró como su madre, y quien le dio el calor y cariño que Montaña no podía

expresar, la ternura maternal que estaba incapacitada para demostrar. Porque esa sería para el resto de su existencia la característica más profunda de Amanecida, su dulzura, generosidad para con quien la necesitara, su deseo de ayudar y consolar, curar y cuidar. Si existe una finalidad, una razón para estar en el mundo, la de Amanecida era esa, el amor.

Muchos años después, cuando la muerte era una curva cerrada en la carretera de la sierra hacia Ronda, un giro y un vuelco del autobús, Montaña vio marcharse su vida en un manantial de sangre que se le escapaba del costado con cada palpitación, manchaba la tierra sobre la que su cuerpo tumbado rumoreaba bajo un castaño cada minuto de intensidad, contaba a la yerba lo duro y lo hermoso, lo oscuro y la luz que había llenado sus días tan vividos, tan plenos, y todas las palabras de amor que no dijo a sus hijos porque la lengua nunca quiso pronunciar lo que la movía desde dentro del pecho a proteger y amar hasta la desesperación a los suyos.

Y pasaron por su recuerdo los primeros besos, dulces y prohibidos, con su novio de la juventud, el único amor que había conocido hacia un hombre, las sonrisas cómplices, las esperas recién peinada y con los ojos llenos del viento dorado de la ilusión en la sala de la casa familiar, sentada con las manos cruzadas sobre las piernas y su madre sin apartarse de ella mientras el novio la visitaba, las risas en algún callejón apartado cuando él le robaba un beso rápido y ella se asombraba, una vez más, de la belleza que vivía en aquel hombre de ojos como mares lejanos.

Y la apuñaló, una vez más, el dolor de los desengaños, el yugo al que se dobló, las injusticias, las penurias en su vida, la guerra, los trabajos, el sudor, los sacrificios, los hijos; pero también recordó las luces, el calor, la belleza de los cielos o el idioma del río cuando ella, en solitario, lo escuchaba apoyada en una roca junto a él.

Su vida no fue fácil, pero con cuánta fuerza arañó la carne y la piel del mundo que le tocó vivir, y pisó bien fuerte la tierra bajo sus pies y gritó alto los nombres de todos aquellos a quienes amó, a quienes miró a los ojos, a quienes guardó bajo su esternón de acero y mimbre.

De esa forma se fue, sujetándose las costillas para frenar a la muerte, que es persistente y paciente y no se rinde cuando abraza un latido.

Y así la velaron sus hijos, de luto riguroso y llanto, de orfandad abriendo un pozo enorme en sus pechos, de vacío y silencio que se hacía gigante ante la ausencia de esa madre que era roca, faro, y que con la dureza de sus gestos era también abrazo infinito.

Ifigenia le dijo a su hermana Amanecida:

—Menos mal que en medio de este dolor, no eres tú quien se me ha muerto, porque yo me moriría detrás.

Aquella mañana, antes de subirse al autobús que la llevó a la muerte, Montaña le había pedido:

—Dame los pendientes de mi madre, que quiero llevarlos puestos.

Ifigenia los sacó de sus orejas y con el calor de su cuerpo durmiendo en el labrado del oro se los colocó a Montaña. Con ellos murió y con ellos fue enterrada, como una moneda para pagar al barquero que la llevaría al otro lado, con “La Pinta”, su carcelera, su madre.

Como cincuenta años después vendrían las dos juntas a buscar a Amanecida a aquella escalera, aquel domingo de mayo, cuando la vejez era un chal de tiempo y vida sobre sus hombros, y la tarde llenaba la casa del color dorado de la primavera y había habido risas en el almuerzo, y besos al nieto y luz de amor en la mesa, y alegría.

Pero era la hora de marcharse, tal vez había vencido demasiadas veces a la muerte, y aplazado el momento, tal vez las prórrogas ya no podían ampliarse más, había conocido a un bisnieto y el tiempo de estar viva había finalizado.

Por eso vinieron su madre y su abuela, para llevársela aquella tarde, en la escalera donde resbaló y se abrió el cráneo, y una vena parió un río de sangre que ahogaba su cerebro. Comenzó a escapar su espíritu del cuerpo, aunque resistiéndose a no despedirse de sus hijos, y por eso aún mantuvo la respiración durante once horas más, para que todos pudieran besarla en la cama del

hospital, y llorar en silencio a su alrededor y decirle cosas al oído aunque ella no pudiera contestarles.

—Vete en paz, vete tranquila, no te preocupes por nosotros, has sido la mejor madre del mundo, la más buena.